

Ivan Krastev

Stephen Holmes

**LA
LUZ
QUE
SE
APAGA**

**Cómo Occidente ganó
la Guerra Fría pero perdió la paz**

DEBATE

La luz que se apaga

Cómo Occidente ganó
la Guerra Fría pero perdió la paz

IVAN KRASTEV y STEPHEN HOLMES

Traducción de Jesús Negro García
y Sara de Albornoz Domínguez

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@debatelibros



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

INTRODUCCIÓN

El malestar en la imitación

Si cada ser humano nace original, ¿por qué tantos de nosotros morimos como copias?

EDWARD YOUNG

El futuro se presentaba mejor ayer. Estábamos convencidos de que el año 1989 dividía «el pasado y el futuro de manera tan clara como el muro de Berlín había dividido el bloque del Este del bloque Occidental».[1] Nos costaba «imaginar un mundo radicalmente mejor que el nuestro, o un futuro que no sea en esencia democrático y capitalista».[2] Hoy ya no pensamos así. A la mayoría nos cuesta imaginar un futuro, incluso en Occidente, que siga siendo democrático y liberal con firmeza.

Al terminar la Guerra Fría, una gran esperanza en la democracia capitalista de signo liberal se extendió por todo el orbe.[3] El escenario geopolítico parecía dispuesto para que todo tuviera lugar de un modo no muy distinto a como ocurre en *Pigmalión*, de George Bernard Shaw, una obra de teatro optimista y didáctica en la que un profesor de fonética consigue, en un breve periodo de tiempo, enseñar a

una florista humilde a expresarse como la misma reina y a sentirse como pez en el agua en compañía de gente culta.

Tras haber celebrado de forma prematura la integración del Este en Occidente, los observadores interesados han llegado a comprender que el espectáculo que tomaba forma ante ellos no se ha desarrollado según lo previsto.^[4] Es como si, en lugar de una representación de *Pígameo*, el mundo hubiera acabado por convertirse en una adaptación teatral de *Frankenstein* de Mary Shelley, una novela pesimista y didáctica sobre un hombre que decide jugar a ser Dios y crear, mediante la unión de las distintas partes del cuerpo obtenidas de cadáveres humanos, una criatura humanoide. El resultado será un monstruo defectuoso que se siente condenado a la soledad, a la invisibilidad y al rechazo, y que, al padecer de envidia por la inalcanzable felicidad de su creador, desata la violencia contra los amigos y familiares de aquel, reduciendo su mundo a cenizas y dejando nada más que remordimiento y angustia como legado de un experimento desafortunado, con el que el ser humano trataba de duplicarse a sí mismo.

La historia que se va a tratar de contar en este libro es la de cómo el liberalismo ha terminado siendo víctima del éxito proclamado en la Guerra Fría. En la superficie, la falla se manifiesta en una serie de acontecimientos políticos profundamente desestabilizadores: los ataques contra el World Trade Center de Nueva York el 11-S, la segunda guerra de Irak, la crisis financiera de 2008, la anexión de Crimea por parte de Rusia y la intervención de esta última en el este de Ucrania, la impotencia de Occidente ante el descenso de Siria hacia una pesadilla humanitaria, la crisis migratoria de

2015 en Europa, el referéndum del Brexit y la elección de Donald Trump. El resplandor del que gozó la democracia liberal después de la Guerra Fría también se ha visto ensombrecido por el milagro económico chino, orquestado por unos líderes políticos que no muestran ningún complejo por no ser ni liberales ni demócratas. Los intentos de salvar el buen nombre de la democracia liberal mediante una comparación positiva con las autocracias no occidentales han quedado socavados por la violación irresponsable de las normas liberales, en la forma de torturas a prisioneros y de un evidente mal funcionamiento de las instituciones democráticas dentro del propio Occidente. Resulta revelador que el modo en que las democracias se atrofian y sucumben se haya convertido en uno de los temas que más preocupa a los académicos liberales en la actualidad.^[5]

El ideal de la «sociedad abierta», también, ha perdido el una vez celebrado lustre.^[6] Para muchos ciudadanos desilusionados, la apertura del mundo ofrece hoy un mayor espacio al desasosiego que a la esperanza. Cuando el muro de Berlín se derribó, solo había dieciséis vallas fronterizas en todo el planeta, mientras que hoy en día hay sesenta y cinco perímetros fortificados, ya terminados o en construcción. De acuerdo con la experta de la Universidad de Quebec Elisabeth Vallet, casi una tercera parte de los países del globo está levantando barreras a lo largo de las fronteras.^[7] Las tres décadas posteriores a 1989 han resultado ser un «periodo entremuros», un breve intervalo libre de barricadas e imbuido de fantasías utópicas sobre un mundo sin fronteras, ubicado entre el dramático levantamiento del muro de Berlín y una tendencia internacional a levantar ba-

rreras de hormigón, coronadas de alambre de púas, que da forma a una serie de miedos existenciales, en ocasiones imaginarios.

Por otro lado, la mayor parte de los europeos y de los americanos de la actualidad creen que la vida de sus hijos será menos próspera y gratificante que la suya.^[8] La fe pública en la democracia se va a pique, y los partidos asentados se desintegran o se ven desplazados por movimientos políticos amorfos y por déspotas populistas, lo que pone en duda la disposición de las fuerzas políticas organizadas para luchar por la supervivencia de la democracia en tiempos de crisis.^[9] Atemorizado por el fantasma de la migración a gran escala, una parte del electorado europeo y americano se está dejando seducir cada vez más por retóricas xenófobas, líderes autoritarios y la idea de unas fronteras militarizadas. Lejos de creer que el mundo mejorará con el sostén de las ideas liberales que irradia Occidente, parecen pensar que la historia del siglo XXI estará aquejada de los millones de personas que tratan de refugiarse allí.^[10] Los derechos humanos, otrora ensalzados como baluarte contra la tiranía, reciben ahora, con frecuencia, acusaciones de limitar la capacidad de las democracias para combatir el terrorismo de forma efectiva. La crisis de confianza en sí mismo que padece el liberalismo es tan aguda que las alusiones a «El segundo advenimiento» de William Butler Yeats, poema escrito en 1919 a raíz de uno de los conflictos más mortíferos de la historia de la humanidad, llegaron a constituir una cita obligatoria para los analistas políticos en 2016.^[11] Un siglo después de que Yeats las escribiese, esas palabras se han convertido en un mantra para los de-

fensores aprensivos de la democracia liberal en todo el mundo: «Se disgregan las cosas, regir no puede el centro, / estalla solamente anarquía en el mundo».(1)

En sus memorias, *El mundo tal y como es*, Ben Rhodes, el asesor más cercano a Barack Obama y amigo personal de este, revela que, el día en que Obama dejó la Casa Blanca, se apoderó de este una incertidumbre, la de «¿Qué pasaría si estuviéramos equivocados?».[12] El misterio más urgente que resolver no consistía en «¿Qué ha salido mal?» ni en «¿Quién ha hecho mal el trabajo?», ni tampoco en el «¿Qué pasó?» de Hillary Clinton. La duda que más inquietaba a Obama era «¿Qué pasaría si estuviéramos equivocados?». Es decir, ¿y si los liberales habían malinterpretado la naturaleza del periodo posterior a la Guerra Fría? «¿Qué pasaría si estuviéramos equivocados?» es la pregunta correcta, y con este libro nos hemos propuesto darle respuesta.

Además, el interrogante tiene para ambos un cariz muy personal. El mayor de los dos, estadounidense, nació un año después de que se iniciara la Guerra Fría y había estudiado en el instituto que el entonces recién levantado muro era una encarnación de la intolerancia y de la tiranía. El más joven, búlgaro, nació al otro lado de la línea que separaba el Este de Occidente, unos cuatro años después de que se erigiera el Muro, y creció en el pensamiento de que derribar muros era una vía hacia la libertad política e individual.

Aunque tenemos unos bagajes distintos, ambos vivimos durante años a la sombra del Muro, y la espectacular retransmisión de su derribo constituiría un momento determinante de nuestra vida política e intelectual. Primero su exis-

tencia y después su ausencia marcaron de forma indeleble nuestro pensamiento político. La ilusión de que el final de la Guerra Fría sería el inicio de una era de liberalismo y democracia también fue nuestra.

Este libro materializa nuestro intento de comprender no solo por qué hubo un tiempo en que estábamos listos para abrazar esta ilusión, sino además de cómo pensar en un mundo en el que se ha desatado una marea de «anarquía» iliberal y antidemocrática.

EL SENTIDO DE UN FINAL

Hace tres décadas, en 1989, un funcionario del Departamento de Estado de Estados Unidos capturó de modo sucinto el espíritu de los tiempos. Unos pocos meses antes de que los alemanes bailasen llenos de felicidad sobre los restos machacados a maza del muro de Berlín, escribió unas líneas en las que proclamaba que, de una vez por todas, la Guerra Fría se había terminado. La victoria total del liberalismo sobre el comunismo venía sellada por una década de reformas económicas y políticas iniciadas en China por Deng Xiaoping y en la Unión Soviética por Mijaíl Gorbachov. Francis Fukuyama sostuvo que la supresión de «la alternativa marxista-leninista a la democracia liberal», indicaba «el completo agotamiento de sistemas alternativos viables al liberalismo occidental». El comunismo, tras haber sido coronado por Marx como la culminación de la «historia» en el sentido hegeliano, quedó degradado de repente a la categoría de «historia» en el sentido mundano, el de algo

de poca importancia. La «democracia liberal occidental», en tales circunstancias, podía definirse como «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad». Tras la caída de «las dictaduras fascistas y comunistas que han tenido lugar a lo largo de este siglo, la única forma de gobierno que ha sobrevivido intacta al final del siglo xx ha sido la democracia liberal». Puesto que «los principios básicos de los estados liberal-democráticos» eran «absolutos e inmejorables», la única tarea que quedaba por cumplir era «extender estos principios por toda la geografía, de manera que cada una de las distintas regiones habitadas por la civilización humana alcanzase el nivel más avanzado posible». Fukuyama mantenía que «llegará un punto en que el liberalismo triunfe en todo el mundo». Pero en lo que quería poner el énfasis, en realidad, era en que, en adelante, no aparecerían más «ideologías que puedan proclamar ser más avanzadas que el liberalismo».[13]

¿Qué entrañaba en la práctica el reconocimiento de la democracia capitalista como la etapa final del desarrollo político de la humanidad? Fukuyama no fue muy preciso en este punto. Sin embargo, no hay duda de que su argumento implicaba que la democracia liberal al estilo occidental era el único ideal viable hacia el que los reformistas de todo el mundo debían dirigir sus esfuerzos. Cuando escribió que los reformistas chinos y soviéticos habían extinguido el último «faro para las fuerzas iliberales», se refería a que solo el faro liberal de Estados Unidos alumbraría, en adelante, el camino de la humanidad.[14]

La negación de que existiera cualquier alternativa atractiva al modelo occidental explica que la tesis de Fukuyama

no solo embelesara el amor propio de los estadounidenses, sino que además resultase palmaria para los disidentes y reformistas que vivían tras el telón de acero.^[15] Tan solo un año antes, en 1988, algunos de los más ardientes partidarios del pluralismo democrático en la Unión Soviética habían publicado una colección de artículos con el título *Inogo ne dano*,^[16] que se podría traducir por algo así como «No hay otro camino». También la biblia del reformismo soviético mantenía que no había alternativas a la democracia capitalista occidental que pudieran sostenerse.

Formulándolo en términos propios, 1989 anunciaba el comienzo de una Era de la Imitación que duraría treinta años. Así fue como el nuevo orden unipolar, dominado por Occidente, transfiguró el reino de las ideas morales. Sin embargo, después de que las altas expectativas puestas ante la perspectiva de imitar el estilo de vida capitalista comenzaran a desvanecerse, empezó a propagarse de modo paulatino el rechazo a la política de la imitación. Se puede decir que se trató de una respuesta a un mundo caracterizado por la falta de alternativas políticas e ideológicas. Creemos que esta carencia, más que la fuerza gravitatoria de un pasado autoritario o una hostilidad con raigambres históricas hacia el liberalismo, es lo que mejor explica el espíritu de antipatía hacia Occidente que domina hoy en día las sociedades poscomunistas.^[17] La propia soberbia que implica el concepto de «no hay otro camino» constituiría un motivo independiente para la ola de xenofobia populista y nativismo reaccionario que tuvo comienzo en Centroeuropa y Europa del Este y que, en la actualidad, campa por la mayor parte del globo. La falta de una alternativa factible a la

democracia liberal se ha convertido en un estímulo para la sublevación, porque, a un cierto nivel muy elemental, «el ser humano necesita opciones, aunque sea tan solo en la forma de meras ilusiones».[18]

El populismo no supone tanto una rebelión contra un tipo específico de política, la liberal, como contra la sustitución de la ortodoxia comunista por la ortodoxia liberal. El mensaje de los movimientos insurgentes tanto de izquierda como de derecha, en efecto, es que la postura de «o lo tomas o lo dejas» constituye una falacia y que las cosas pueden ser de otro modo, más cercanas y más auténticas.

Obviamente, el surgimiento durante la segunda década del siglo XXI de un antiliberalismo autoritario, de manera simultánea en tantos países en puntos tan distintos de la geografía, no se puede explicar por un solo factor. Pero somos de la idea de que el resentimiento generado por la posición canónica de la democracia liberal y por las políticas de imitación ha desempeñado, en general, un papel decisivo, no solo en Centroeuropa, sino también en Rusia y en Estados Unidos. Para comenzar a plantear esta cuestión, convocamos a dos de los críticos centroeuropeos más elocuentes del iliberalismo como primeros testigos. El filósofo polaco y miembro conservador del Parlamento Europeo Ryszard Legutko se pone furioso ante la óptica de que «no hay alternativa a la democracia liberal», que se ha convertido en el «único rumbo y método aceptado de organizar la vida colectiva», y de que «los liberales y los demócratas liberales han conseguido silenciar y marginar prácticamente cualquier alternativa y todos los enfoques de orden político no liberales».[19] Una influyente historiadora húngara con-

cuerda: «No tenemos la intención de copiar lo que hacen los alemanes o lo que hacen los franceses —proclamaba Maria Schmidt, la intelectual de referencia de Viktor Orbán—. Lo que queremos es seguir con nuestro propio estilo de vida».[20] Ambas declaraciones sugieren que un tenaz rechazo a aceptar «el completo agotamiento de las alternativas sistemáticas viables al liberalismo occidental» ha contribuido a que el poder blando del que se valió Occidente para inducir a la emulación se haya convertido en debilidad y vulnerabilidad en lugar de en fuerza y autoridad.

La negativa a arrodillarse ante el occidente liberal se ha convertido en la marca distintiva de la contrarrevolución iliberal que tiene lugar en todo el mundo poscomunista y más allá. Una reacción semejante no se puede despachar descuidadamente con la frívola observación de que «culpar a Occidente es una forma fácil para los líderes fuera de su órbita de evitar la asunción de responsabilidades en sus propias políticas fallidas». La historia es mucho más enrevesada y apremiante que eso. Se trata del relato, entre otras cosas, de cómo el liberalismo ha abandonado el pluralismo en favor de la hegemonía.

EL NOMBRAR Y LA NECESIDAD

Durante la Guerra Fría, el cisma político más relevante a nivel mundial ocurrido entre comunistas y demócratas, el mundo estuvo dividido entre el este totalitario y el mundo libre occidental, y las sociedades en la periferia del foco del conflicto conservaban, o así lo imaginaban, el derecho y la

capacidad de escoger de qué parte estaban. Tras la caída del Muro, la constelación cambió. De ahí en adelante, la división más significativa en el firmamento geopolítico sería la que separaba a los imitadores de los imitados, a las democracias establecidas de los países que se esforzaban en consumir la transición a la democracia. Las relaciones entre el Este y Occidente mutaron de una guerra fría en punto muerto entre dos sistemas hostiles a una relación tirante entre modelos y mimos dentro de un mismo sistema unipolar.

Los esfuerzos de los antiguos países comunistas por emular a Occidente después de 1989 han recibido numerosos nombres, como «americanización», «europeización», «democratización», «liberalización», «ampliación», «integración», «armonización», «globalización» y muchos más, pero lo que siempre se ha querido significar es una modernización por imitación y una integración por asimilación. Según el populismo centroeuropeo, tras el colapso comunista, la democracia liberal se convirtió en una nueva e ineludible ortodoxia. La queja constante de aquel es que imitar los valores, las actitudes y las prácticas de Occidente se convirtió en un imperativo, en algo forzoso. Como también ha escrito el filósofo polaco arriba citado, ridiculizando la mentalidad de muchos de sus compatriotas después de 1989:

El mayor signo de ilustración era copiar e imitar. Cuanto más copiábamos e imitábamos, tanto más felices nos sentíamos por nosotros mismos. Las instituciones, la educación, la ropa, la ley, los medios, la lengua [...], casi todo se convirtió de repente en una copia imperfecta del original, por delante de nosotros en la línea del progreso.^[21]

Esta tensa asimetría entre quienes estaban moralmente por delante y quienes estaban por detrás, es decir, entre los imitados y sus imitadores, llegó a ser una característica definitoria y aflictiva de las relaciones entre el Este y el mundo occidental tras 1989.

Después de la caída del Muro, la imitación transfronteriza de Occidente se aceptó de manera amplia como la forma más efectiva de democratizar unas sociedades que acababan de cerrar una etapa no democrática. En gran parte debido a la asimetría moral que implica, esta idea se ha convertido en el objetivo predilecto de la rabia populista.

LAS TENSIONES DE LA IMITACIÓN

Sobra decir que la imitación es ubicua en la vida social. Gabriel Tarde, el famoso sociólogo del siglo XIX, llegó a afirmar que «la sociedad es imitación».[22] De hecho, propuso definir la «imitación contagiosa» como una especie de «sonambulismo», en referencia a la forma espontánea en que los seres humanos se copian unos a otros, sin ningún propósito estratégico o plan, como en un crimen *copycat*, sin que se los fuerce o se los persuada.[23]

Cuando el populismo centroeuropeo carga contra lo que percibe como un «imperativo de imitación» como la característica más insufrible de la hegemonía liberal después de 1989, es obvio que se refiere a algo menos genérico y más provocador desde el punto de vista político. La forma de la imitación por extenso de las instituciones en cuestión impli-